

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El precio de nuestra alma.

(Continuacion).

Cuando ponemos los ojos en Jesucristo nuestro Señor y contemplamos con la vista despejada de una fé viva todos los hechos y misterios de su vida santa, inmaculada, prodigiosa, divina, y cuando vemos que toda la vida santísima del Hijo de Dios, desde su humilde cuna hasta su muerte de Cruz no tuvo otro fin que la salud, la grandeza y la eterna salvacion de nuestra alma, conocemos, sin comprenderla, la estimacion en que Dios tiene nuestra grandeza y el amor que profesa y de tantas maneras testifica á su *imágen y semejanza*.

Dios, en efecto, de tal manera amó la grandeza y la dicha de nuestra alma que nos dió su uni-

génito para que no parezcan sino que tengan la vida eterna todos los creyentes y amadores de sus santísimos preceptos. Nada se reservó el Hijo de Dios, antes bien todo lo sacrificó generosamente para rescatarnos y salvarnos. Abandonó su trono de resplandores y se hizo habitante de este valle oscuro de la tierra, y siendo su túnica el sol y su manto el azul de los cielos salpicado de estrellas, se vistió de nuestra carne mortal, tomó la forma de siervo, y se dejó ver como el mas pobre, y humilde de los mortales. Era Dios infinitamente sábio, y quiso ser niño que no sabe hablar; era todopoderoso y quiso entregarse en manos de sus enemigos que ligaron sus manos, abofetearon su rostro, desgarraron sus carnes y le dieron muerte ignominiosa y cruel; era

adorado como Dios en los cielos y en la tierra, y quiso ser tratado como un vil impostor, acusado como un sedicioso y condenado como un criminal; era impasible, inmortal y soberanamente dichoso, y quiso sufrir en su carne tormentos atroces, y morir saturado de oprobios en patíbulo de afrenta, y todo por rescatar nuestra alma y levantarla del abismo de vileza y miseria en que había caído á la cumbre de la dignidad y de la dicha que por nuestra culpa habíamos perdido.

¿Qué podía hacer por nuestra dicha que no haya hecho el Hijo de Dios? Leemos en la Historia sagrada (1) que Dios mandó á Moisés hacer el recuento de los hijos de Israel; mandato misterioso, puesto que, como advierte Oleaster, aun no hacia un año que Moisés había recibido de Dios y egecutado con la mayor exactitud el mismo precepto. *¿Quid est quod tan crebró numerat? cur iterum eos supputare vult?* ¿Qué significa esta frecuente enumeracion de los hijos de Israel? Oleaster de quien es la pregunta, se dá á sí mismo esta respuesta: Así como el avaro, por el amor que tiene al dinero no se cansa de contar las monedas, así Dios no se cansa de

contar las almas por el amor infinito con que las ama. El sábio Lirano acepta la interpretacion del citado comentarista, diciendo que *Israel era como el peculio de Dios.* (2) Tambien Jesucristo, fundador del nuevo pueblo cristiano, se complace en contar y recontar las almas que redimió con su sangre, que son su conquista, su tesoro, y su gloria, por las cuales, daría de nuevo su vida, si fuera necesaria para su grandeza y su dicha, como dijo á Santa Brigida en una de sus admirables revelaciones.

Ahora, si tan preciosa es nuestra alma por la alteza de su origen y la excelencia de su sér; si es tan preciosa por el dominio que egerce, ó debe egercer sobre el cuerpo y sus apetitos; si su precio sube de punto porque es inmortal y ha sido creada para gozar de Dios, su principio y fin último; si su grandeza es inestimable como inestimable es el precio de su rescate, á saber; la sangre de Jesucristo, guardémos con sumo cuidado nuestra alma y honrémosla segun su mérito. *Fili, serva animam tuam et da illi honorem secundum méritum suum.* ¿Que nos aprovecharia ganar todo el mundo si perdemos nuestra

(1) Núm. 1. Exod. 33.

(2) Syran. in cap. 1. Núm.

alma? Si logramos salvarla, todo lo habremos ganado; si la perdemos, todo lo habremos perdido.

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

Cortamos de nuestro estimado compaño *El Norte Catalan*, de Vich: «Sabemos por conducto autorizado que don Luis del Pino y deña Enriqueta Cullen, maestros de la escuela laica de Manresa, se han adherido incondicionalmente á la Iglesia, y protestando de los errores profesados hasta ahora, han pedido perdón del escándalo y mal que han hecho y se proponen, con la ayuda de Dios, reparar este mal hasta donde sea posible, abriendo enseñanza católica en la misma ciudad de Manresa. Quiera Dios que todos los que en España se hallan en las sombras del error, imiten tan hermoso ejemplo y abran los ojos á la luz de la verdad.»

Las tres perlas.

(LEYENDA IMITADA DEL ALEMÁN.)

(Conclusion).

Cuando Zela salió de la Iglesia, ignoraba aún la muerte de su madre: sin duda, por permisión divina, nadie se había acordado de la pobre huérfana. Un hermoso niño estaba sentado á la puerta, sobre una piedra saliente: apoyaba su cabeza en una cruz, como descansando en ella: y su cabello, tendido á la espalda, se partía en la frente al modo de los nazarenos. Zela reconoció al mismo niño que había visto en sueños, sentado

á la sombra del manzano. Sus atavíos eran sin embargo muy distintos: una túnica morada remendada y vieja cubría su cuerpecito, y la cuerda de esparto que ceñía su cintura, daba vuelta á su cuello, blanco cual el de un cisne, y lo desollaba cruelmente. Zela quedó absorta al verle, y observó con extrañeza, que hombres y mujeres pasaban cerca de él y no le miraban.

El Niño fijó en Zela sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y le preguntó dulcemente:

—¿A quién buscas, pobre Zela?

—Busco á mi madre,—replicó la niña, poniéndose, sin saber por qué, de rodillas.

—Ven conmigo y la hallarás,—dijo el Niño.

Y cargando sobre sus hombros la cruz en que se apoyaba, comenzó á caminar en silencio. Marchaban uno en pos de otro ambos niños, serios y tristes llevando él su sayal de penitencia, y vistiéndola su humilde traje de huérfana. Poco á poco la senda se estrechaba, y agudas zarzas y espinos herían los pies descalzos de los dos caminantes. Sufria el Niño sin quejarse y dejaba correr la sangre sin dar muestras de quebranto: Zela, por el contrario, extendía sus manitas para agarrarse á las rocas del camino, y exhalaba gemidos de dolor. Volvió entones el Niño hácia la huérfana su rostro hermosísimo, y dijo con mansedumbre infinita.

—Pon tus pies en mis pisadas y no fallecerás.

Zela siguió el consejo de su guía, y aunque el dolor martirizaba su cuerpo, la

fortaleza no desamparaba su alma. A veces desaparecía el Niño, y Zela seguía sus huellas sangrientas, llena de congoja; mas pronto tornaba á verle ante sí, y cesaba al punto su sobresalto.

De repente se encontró perdida en un espeso bosque, cerrado por todas partes. Al pié de un roble secular, se hallaba sentado un jóven de buena apariencia; tenía en la mano un libro, que leía atentamente. Una escéptica sonrisa entreabría sus labios, y veíanse, en su frente ya marchita, las huellas del vicio. Un gigantesto buho graznaba de cuando en cuando en la copa del árbol.

El jóven arrojó al fin el libro en que leía, y gesticulando desesperadamente, blasfemó de Dios.

—¿Qué es la fé?—se decía; y ¿dónde podré hallarla?...

Aterrada Zela, cayó de rodillas y oró por aquel hombre. El buho graznaba aún mas lúgubramente.

Gocemos hoy, si hemos de morir mañana,—prosiguió el jóven, dirigiéndose á la salida del bosque.

Arrodillada Zela en mitad del camino, le cortó el paso.

—¿Quién eres?—exclamó el impío, deteniéndose ante ella. Y fijando en el pecho de la niña sus ojos asombrados, añadió: Dame, dame, ángel de Dios, esa perla azul que llevas al cuello, y recobraré la fé que perdí en los caminos del mundo.

Atónita Zela llevó su mano al pecho, y no encontró allí perla ninguna.

—Tómala tú si quieres,—dijo, sin comprender las palabras del jóven.

Sintió entonces la niña que aquel hom-

bre sacaba de su pecho una perla, celeste como el cielo: llevóla el descreído á sus labios con emoción profunda, y cayendo de rodillas, bendijo el nombre de Dios. El buho lanzó un graznido terrible, y huyó de allí, haciendo resonar sus pesadas alas.

Zela comprendió entonces la excelencia de la fé.

Entretanto una densa niebla habia envuelto la comarca: Zela caminaba á tientas, buscando en el suelo las huellas sangrientas del Niño misterioso. Un triste lamento llegó á sus oídos, y desfavorida la huérfana aligeró el paso en aquella direccion, porque tambien en aquella direccion se descubrian las huellas del Niño. Hallóse á poco frente á una cabaña miserable, pegada á la roca. Una niña de pocos años sollozaba amargamente, con la cabecita apoyada en el umbral de la puerta.

—¿Por qué lloras, niña?—preguntó Zela, tambien llorando.

—Papá se ha muerto y no responde,—contestó la niña, sin cesar en su llanto.

Zela entró en la cabaña, y un espectáculo terrible se ofreció á su vista. Sobre un monton de paja yacía aún caliente el cadáver de un hombre: cinco niños pequeñitos lloraban en torno y una mujer sentada á la cabecera arrimaba á sus pechos, secos por el dolor, otro niño recién nacido. Zela notó en todas aquellas fisonomías, desfiguradas por el pesar, un destello de la belleza del Niño que la guiaba: por eso las lágrimas acudieron á sus ojos, impidiéndola notar la impresion que causaba su presencia en aquella miserable estancia, donde nada

disimulaba el horror de la muerte. Cesó el llanto de los niñas, y la pobre viuda se arrojó á los piés de Zela, exclamando fuera de sí:

—¿Quién sois?... ¿Sois el Angel de mi marido que viene á traerme consuelo?... ¡Ah! dadme esa perla roja que brilla en vuestro pecho, como una brasa ardiendo, y mis hijos tendrán pan, y mi pena tendrá alivio, y el alma de mi marido tendrá descanso eterno...

—¡Tomad, tomad mi corazón si ha de remediaros!—exclamó Zela, presentando su pecho á la viuda.

Arrancó ésta entonces del pecho de la niña una perla, roja como un rubí, cuyos brillantes resplandores comunicaron á la cabaña un tinte de consuelo.

—¡Qué dulce es amar á Dios en los hambres!—exclamó Zela, enjugando las lágrimas á los niños; y al mismo tiempo, una luz divina hacía comprender á su alma la hermosura de la caridad.

Al salir de la cabaña siguió Zela una estrecha senda, que descendía rápidamente por la ladera del monte. Un fuerte vendaval había desunido la niebla, cuyos restos quedaban agarrados entre los árboles, como los girones de un traje de gasa. Poco á poco desaparecieron los árboles, y quedaron atrás los prados del valle y la verdura de la montaña: un inmenso desierto de arena se extendía por todas partes, yendo á perderse en el horizonte, como un mar de fuego. Un viento abrasador cortaba la respiración, y levantaba espesos remolinos de arena, bramando á intervalos, como un demonio encadenado. Zela sintió que una angustia terrible oprimía su corazón, y que

una sed ardiente abrasaba su garganta. A eso del mediodía descubrió á lo lejos un peñasco que se levantaba entre la arena, y una palmera que crecía á su sombra.

—¡Allí encontraré agua!—exclamó Zela, haciendo un esfuerzo supremo para llegar al peñasco. Mas era éste escarpado y sin vejetación, y hallábase la palmera seca como la higuera maldita.

La huérfana, falta de fuerzas, cayó sobre la arena dando un gemido. Cruzó sus manitas sobre el pecho y se dispuso á morir.

—Creo en Dios, amo á Dios, espero en Dios,—murmuraba dulcemente.

Un viejo de siniestro aspecto salió entonces de una caverna que ocultaba el peñasco; era su mirada torva, y veíanse en su rostro, junto á las señales de la desesperación, las huellas del crimen. Traía en la mano un dogal, y su cuello desnudo parecía dispuesto á recibirle.

—¿Quién espera en Dios, donde para mí no hay esperanza?—exclamó, revolviendo hácia todas partes sus ojos de víbora.

—¡Espero en Dios!—murmuró Zela, aun mas dulcemente.

Acercóse á ella el pecador desesperado, y una emoción extraña se apoderó de su ánimo. Quería llorar y no podía; quería maldecir y no se movían sus labios.

—¡Espero en Dios!—repitió Zela, en voz tan baja, que parecía un suspiro.

Un sollozo terrible se escapó al fin del pecho del viejo.

—¡Ruega por mí, ángel Divino!—exclamó, cayendo de rodillas.

Zela llevó trabajosamente su mano al pecho, é indicó al viejo una hermosa perla verde, que sobre él llevaba. Tomóla éste con ánsia infinita, y dos arroyos de lágrimas brotaron al fin de sus ojos, mientras sus manos descarnadas golpeaban su pecho contrito.

—¡Espero en Dios!—dijo Zela por última vez. Y su alma comprendió, antes de morir, la dulzura de la esperanza.

Al mismo tiempo apareció ante sus ojos el Niño divino que había visto por vez primera al pié del manzano. Su túnica blanca resplandecía como el sol en toda su fuerza, y brillaba sobre su pecho el collar de tres perlas. A su derecha Hans Wit, con una túnica blanca y un collar semejante al del Niño, tendía á Zela los brazos; á la izquierda, Groetchen, vestida del mismo modo, le hacía señas con la mano. Voces celestiales cantaban entre las nubes.

El vestido del alma justa

Es la Fé, Esperanza y Caridad.

El viejo, arrepentido, sepultó el cadáver de Zela al pié de la palmera, y un salto de agua, que brotó del peñasco, mantenía frescas las violetas y azucenas que crecían juntas sobre su tumba, como juntas habían crecido en su alma la pureza y la humildad.

(*Mensajero del Corazón de Jesús*).

—==—

Lágrimas de remordimiento.

—

Serían como las tres de la tarde de uno de esos días del mes de Enero, relativamente cálidos y brillantes de luz y sol que convidan á desentumecer los ataridos miembros, paseando al aire libre.

Cierto capitán retirado, amigo mío, y yo, quisimos aprovechar día tan espléndido y tarde tan deliciosa para solazarnos, carretera adelante, en las inmediaciones del lugar, contemplando el bravío paisaje que á derecha é izquierda del camino se levanta, y charlando á la vez, sin testigos importunos. Las soledades de la naturaleza expansionan el ánimo y abren los corazones. En las afueras del pueblo, resguardado del viento Norte por una tapia medio derruida, sentado sobre el sucio suelo, y encorvado hasta casi besar sus rodillas con la barba, tomaba el sol, haciendo rayas con el garrote sobre el polvo, un anciano perlático, medio ciego, y de aspecto andrajoso y miserable. Casi no advirtió nuestra presencia; pero al pasar por su lado, mi amigo el capitán dejó caer en su mano unas monedas de cobre, diciendo:

—Tome V., tío Jerónimo.

—Dios se lo pague á V., D. Fernando, —contestó el anciano con voz temblona y conmovida, mientras una lágrima como una bellota rodaba por su mejilla.

—Siempre que le doy limosna,—me dijo el capitán,—llora; si le doy un cigarro, llora; si le ayudo á levantarse. cuando veo que él no puede, llora; si lo convidó á echar una copa, llora; y, en fin aunque no haga más que dirigirle la palabra ó saludarle al paso, llora también.

—Será de agradecimiento.

—¡Qué sé yo! Y el caso es que nunca derrama más que una gruesa lágrima.

—¡Pobre hombre! Al menos tiene buen corazón.

—No sé que te diga; pero te voy á contar una historia, que no es cuento.

—Venga.

—De esto hace más de cuarenta años; pero lo tengo grabado en la memoria como si hubiese pasado ayer mismo.

—Adelante, pues, con el cuento.

—Repito que no es cuento, sino historia, de la que yo mismo soy protagonista.

—Mejor que mejor, empieza.

—Pues señor, el tío Jeromo, ese pobre viejo que acabamos de socorrer y se muere de años y demiseria, era entonces uno de los labradores mejor acomodados del lugar. Tenía un hijo, contemporáneo mio por cierto, pues nacimos el mismo año y entramos juntos en la misma quinta, buen mozo y galán, en el que adoraban sus padres y para el cual les hubiese parecido cosa mezquina un trono. Todo sonreía á tan venturosa familia: bienes de fortuna, salud, consideración social, paz doméstica, etc., etc. En mi familia por el contrario, podía contemplarse á la sazón el reverso de la medalla. Al morir mi padre se llevó con sus fornidos y honrados brazos al otro mundo la llave de la gabeta, dejándome muy niño, por única herencia mi madre. La pobre que vivía de limosna, me educó como pudo, llevándome todos los días á la escuela. Allí aprendí á leer, á escribir, cuentas, el Catecismo y... nada más. Lo suficiente, sin embargo, para que apenas tuve edad adecuada me admitiesen de mancebo en una tienda de la capital. Mi madre se quedó sola en el pueblo, viviendo de la caridad pública; pero mis primeros ahorros fueron para ella. Cuantas veces bajaba á la ciudad, se subía siempre algunos reales que mi principal le anticipaba

á cuenta del salario de su hijo. Poca cosa, porque tampoco yo ganaba mas, pues entonces los mostradores apenas producían á los dependientes de comercio mas que para comer y vestirse; pero es lo cierto que yo mantenía á mi madre, la cual lo pasaba menos mal, desde que, con la mocedad, aumentó mi salario. Llegó el año de la quinta, y el tío Jeromo, con premeditación y alevosía, dirigiéndose á mi madre y en presencia de testigos, se puso á ponderar las cantidades que yo le enviaba, con las cuales, decía, mi madre lo pasaba admirablemente.

Tanto porque así dicho no era verdad, cuanto porque mi bendita madre no malició el lazo que le tendían, dijo:

—¡Pobrecico mio, pobrecico! ¿Qué ha de enviar, qué ha de enviar? Para él que ganase...

Aquello fué suficiente; llegó la quinta, juntos entramos en suerte el hijo del tío Jeromo y yo; saqué yo número mas abajo, pero el venía detrás, y aunque según la ley yo estaba libre de quintas por hijo único de viuda pobre que la mantiene, tuvo mas fuerza legal la declaración insidiosamente arrancada á mi madre que la franca y verídica de mis principales, y yo fui soldado, mientras se quedó en su casa tan campante el hijo del tío Jeromo.

—Algo mas habría.

—No sé, chico; nunca he sabido mas que lo que te cuento. Mis años quisieron comprarme sustituto, pero como estábamos á la sazón en plena guerra civil, costaban un dínaral, y yo no quise cargar con deuda tan enorme. Cargué pues, con el chopo, y aquella fué, como sabes, mi suerte.

Aquella fué su suerte, en efecto. En la aldea no hubiera pasado nunca de un destripaterrones, y en la capital de la provincia, de un tendero de mala muerte: pero su honradez acrisolada, su buena letra y habilidades oficinescas, su rectitud ingénita y valor natural ganáronle bien pronto el aprecio y protección de sus superiores; y aunque en aquella época no se prodigaban los ascensos, llegó á sargento primero en la Península, pasó á la isla de Cuba de oficial, ascendió allí á capitán, reuniendo á la vez un capitulito muy decente á fuerza de trabajo, de modestia y economías, capital que le permitió retirarse á su pueblo natal, en donde vive felizmente, cobrando su retiro por las cajas de Ultramar y figurando á la cabeza de los primeros contribuyentes.

No quise ser indiscreto, y por todo comentario al relato que acababa de oír, dije:

—Así procede el verdadero cristiano y el caballero: olvidando agravios y devolviendo bien por mal.

Los lagrimones del tío Jerónimo, sin embargo, no se apartaban un punto de mi memoria, y desde aquel día me propuse interrogar acerca del asunto al pobre viejo.

—Callé usted,—me dijo, señor, vergüenza me da decirlo; pero son lágrimas de remordimiento que se me escapan, por más que pretó los párpados.

—¿Qué mala partida ha hecho usted á D. Fernando para que le remuerda la conciencia?

—Qué, ¿es usted confesor?

—No lo soy, es verdad, pero me cons-

ta que el capitán aprecia á V. como usted se merece, y no me explico....

—Con que como yo me merezco?.....
¡Paño! Si usted supiera....

—Venga, hombre, desahogue V. ese pecho, que las penas entre dos se llevan más fácilmente.

—Voy, pues, á contárselo; pero con la condición de que no ha de decir usted nada al capitán.

—Conformes.

(Continuará.)

El poder del demonio.

No solo ha tenido poder el demonio, sino un poder justo sobre los hombres, para que consiguientemente vea al mismo tiempo que el Hijo de Dios ha venido en carne para rescatarlos.

De donde es necesario inferir no que el demonio, que ha hecho invasión en el hombre, ni que el hombre, que la ha merecido, sino que Dios solo, que ha dispuesto el acontecimiento, ha sido justo.

Y en efecto el ser justo ó injusto no consiste en el poder, sino en la voluntad. Esta especie de *derecho* que sobre el hombre tiene el demonio, aunque injustamente adquirido y aun hasta criminalmente usurpado, viene de haber sido justamente permitido.

San Bernardo.